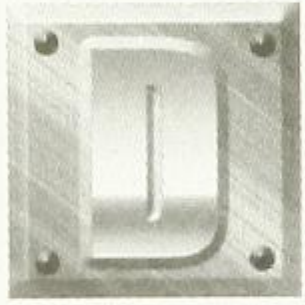


El Viejo de la Comarca de la Gran Cascada

Elsa Lever M./ellemon@starmedia.com



el último día del otoño a la fecha, a una semana de la primavera, otra más cayó, la penúltima. Pero nada se escuchó ni le importó a alguien.

La gente de la comarca sólo murmuraba y prefería no andar por el camino que llevaba a la Gran Cascada, porque a mitad del sendero se lo encontraban, como un gran monumento a la vejez. Por eso lo rehuían, por eso lo esquivaban, por eso muchos habían muerto sin conocer ni bañarse en las cálidas aguas de la Gran Cascada.

Pero no siempre fue así. Hubo una mejor época en la que lo buscaban y hasta discutían por gozar de su abrigo, de su protección o consuelo cuando el ambiente era turbio, peligroso o sofocante. Entonces sí, las mejores opiniones de él; entonces sí, los elogios y hasta agradecimientos: "No, si yo siempre he dicho que un amigo es el que está contigo en las buenas y en las malas"; "hay que reconocer cuando se sabe hacer algo"; "ojalá hubiera más como él"... No cabe duda que eran otros tiempos, que todo pasado fue mejor.

Dicen en la comarca que fue una maldición la que cayó sobre él. Porque ayudó a Rugaciano a quitarse la vida. Pobre, vivía tirado al vicio del alcohol, y cada mañana, tempranito, se echaba su litro de pulque, porque dizque era lo único que le curaba la cruda. Pobre Rugaciano. Chonita, su mujer, se le había ido con otro hombre desde hacía ya muchos años. Comentan los de la tienda de Santiago que esa

noche traía el diablo dentro, y que le aconsejaron se fuera a purificar y limpiar el alma a la Gran Cascada. Pero no llegó. Segurito él lo invitó a detenerse, y después a suicidarse.

Aunque hay otros, los que viven pasando el río de piedras negras, que piensan que lo que tiene es una enfermedad, precisamente una que trajeron el alcalde y sus compinches cuando llegaron a la comarca a hablar según de desarrollo y prosperidad, de que el futuro del país estaba ahí, en el campo, en la tierra.

Nadie les creyó más que él. De veras debió pensar que con sólo remover la tierra tantito y poner una semilla se conseguiría tener un gran bosque, pero nada... al cabo de un tiempo se dio cuenta que nadie más se había tragado el cuento y lo dejaron solo, con sus puros sueños verdes, inmaduros.

Doña Teresita de Jesús fue la primera en darse cuenta, aquella mañana que, como todas, cruzaba frente a él para traer agua de la Gran Cascada.

Lo notó raro, con otro semblante, pero no dijo nada. "Será el sereno", pensó, y sólo se lo platicó a Juana, su comadre.

Días después lo notó Faustino, el único que seguía llevando a su ganado a beber de la Gran Cascada porque, decía él, el agua de ahí era milagrosa y sus vacas daban así más leche, más concentrada y espumosa, de la cual sacaba la nata más rica de la región y que podía vender a excelentes precios en la capital. Pero Faustino sí le preguntó qué le pasaba, cuando vio que no lo recibía

con la misma frescura de antes. No obtuvo respuesta, nada más un silencio seco que lo obligó a seguir su camino a él y a su ganado.

Pero cuando toda la comarca se enteró, fue cuando Carmelita, la hija del hacendado, se fue a bañar con sus primas a la Gran Cascada. Entonces sí se enteró el señor de los dineros y empezó a preguntar y averiguar lo que sucedía. Nadie sabía bien a bien la verdad pero todos daban su parecer. Hasta los que no habían visto nada explicaban, paso a paso, cómo fue que la maldición y la enfermedad lo atraparon.

Hasta que el hacendado ya no soportó tanto chisme y mejor se fue directito allá, a verlo con sus propios ojos. Para cuando llegó, ya no estaba completo y a leguas se notaba que algo malo le estaba pasando. Regresó cabizbajo y sin una respuesta, a pesar de que todo el pueblo le exigía una explicación, un comentario. Parecía como si se hubiera visto en el espejo, y desde ese día el hacendado no volvió a salir ni a hablar.

Decidieron entonces que nunca más, nadie debía pasar por ahí, aunque eso significara no volver a ir ya tampoco a la Gran Cascada, a menos que el alcalde y sus compinches cumplieran la promesa de construir más caminos hacia allá.

Por varios meses se olvidaron de él. A lo mucho lo recordaban cuando comparaban al viejo cura del pueblo con él, o a cualquier otro que se notara descolorido, calvo o anciano. Lo tomaban a broma o a ofensa, según quién lo dijera, en qué tono o en qué momento. Una ocasión Eugenio y Juvencio se liaron a golpes

hasta matarse, todo por demostrar que no se parecían a él. Pero desde entonces se empezaron a cuidar todos de no hablar al respecto.

Fue una semana antes de iniciar la primavera que llegó a la comarca una familia, atraída por la fama de la Gran Cascada que ya se había diseminado por todo el municipio. Llegaron muy vivarachos, el padre, la madre y la hija, y explicaron a Santiago, que fue al primero que vieron, que venían del campo vecino. Santiago recordó que subiendo a la piedra donde precisamente nace la Gran Cascada podía verse ese campo, muy lejano y cerquita al mismo tiempo. "Eso sí es un verdadero campo cultivado y aprovechado", comentaban los rudos hombres de la comarca en la cantina de don Pancho, mientras las pueblerinas que habían osado llegar hasta esa roca envidiaban a la clase de mujeres que podían tener un campo tan cuidadito, tan lleno de árboles y pastos.


Santiago se encargó de presentarles a la mayoría de la gente. La familia causó alborozo y curiosidad, porque algo cargaban en el rostro, en la mirada, que inspiraban confianza y tranquilidad. Sólo por eso los aceptaron, al padre, a la madre y a la hija. Porque la gente de la comarca era muy difícil en eso de acoger a extraños. Y también por eso no se negaron a llevarlos a conocer la Gran Cascada, aunque sí lo pensaron mucho y lo decidieron en una gran asamblea en el atrio de la iglesia del viejo cura. Organizaron una comisión para acompañar a la familia del campo vecino, y evitar así que, al pasar frente a él, lo vieran con atención y notaran la maldición o la terrible enfermedad que lo aquejaba y que lo estaba matando.

La comisión la encabezó Faustino, que era el único que a estas alturas pensaba que quien tenía la terrible enfermedad era la misma comarca. Lentamente agarraron

camino hacia la Gran Cascada. Faustino, con el fin de no minar las expectativas que la familia tenía puestas en la Gran Cascada y hacer menos desagradable la sorpresa al verlo al cruzar frente a él, trataba de explicarles al padre y a la madre de la maldición y la enfermedad, del temor, de la duda, de la incertidumbre; del cómo se dieron cuenta, cuándo, quiénes... De pronto Faustino, la comisión, el padre y la madre lo vieron, menos la niña, que iba entretenida mirando el cielo, las mariposas y las nubes. El silencio se volvió más frío que el hielo y más denso que la niebla.

Alguien de la comisión que nunca, ni antes ni después lo había

visto, preguntó con voz que parecía salir de sus desorbitados ojos: "¿Qué es eso?". Faustino agachó la cabeza y con tristeza contestó que eso era él, el gran árbol frondoso, joven y útil de antes y ahora enfermo y tal vez maldito, esperando que cayera su última hoja para morir.

El resto de la comisión bajó la mirada en señal de impotencia y dolor, pero la levantaron con rapidez y sorpresa al escuchar que la niña, ajena a la conversación de los adultos, gritaba con alegría al tiempo que jalaba con una mano de la falda de la madre y con la otra señalaba hacia él: "¡Mira mamá, un árbol nuevo!", "¡le está naciendo su primera hoja!". 



fem.

solicita

VENDEDORA

DE ESPACIO PUBLICITARIO

Con experiencia en el ramo

Interesadas comunicarse al
Tel.: 5564-9951 • 5564-6050